

# DISCURSO PRONUNCIADO POR EL DR. RAFAEL SQUIRRU, REPRESENTANTE DE LA O.E.A. EN QUEMÚ QUEMÚ EL 29 DE MAYO DE 1967

**H**ermanos de América, argentinos, peruanos, uruguayos, brasileños; del Quetzal al Cóndor y, más allá del Quetzal, hermanos también de los Estados Unidos de Norteamérica.

Tengo que dar algunas explicaciones. Primero, al estar vestido aquí con un poncho araucano. La primera razón es que hacía frío esta mañana, y me lo puse porque son muy abrigados. Pero no sería esa la única razón. Hay todavía mentalidades en la Argentina que se enorgullecen de decir que aquí no hay indios. Es para recordarles a esas mentalidades que todavía quedamos algunos (aplausos).

Porque me toca el honor de representar en esta oportunidad no solamente a mi propio país, que es la Argentina, sino a todos los países del continente y les puedo asegurar que no uno, sino que, gracias a Dios, todavía quedan muchos indios. Esa es la primera explicación. Pero, como efectivamente dije y es verdad, que me lo puse en primerísima instancia porque hacía frío, y ahora el frío se ha pasado, me van a permitir que me lo quite (aplausos). Porque, como ustedes habrán visto, salió el sol, como no podía dejar de salir, para hacerse presente en esta fiesta, que es una fiesta al sol, porque John Kennedy es un hijo del sol (aplausos).

Aunque tengo un papelito conmigo, quiero que sepan que el discurso no lo tengo escrito. Y no lo he escrito, no por pereza, ni por soberbia de creer que no me era necesario hacerlo, sino que es más bien porque he querido que estas palabras no fueran necesariamente las mías. He querido tener la humildad de pensar que, tal vez, si yo no lo preparaba demasiado al discurso, las fuerzas de la tierra, las fuerzas que nos sostienen en esta pampa argentina, aceptando este homenaje que yo les hacía de brindarles mis cuerdas vocales, ellas se harían presentes y hablarían a través mío. En una palabra, ustedes todos estarían hablando a través mío. Por eso no lo traje escrito al discurso. Dije que hay que hacer unas cuantas explicaciones. Y unos cuantos reconocimientos. El primer reconocimiento es a todos los presentes. Porque a esta fiesta, no han llegado solamente los que querían. Como hemos comprobado los que hemos desplazado alguna rueda o alguna goma por la ruta, era necesario también, además de las ganas, el poder llegar. En otras palabras, esta cita estaba llena de obstáculos.

Hay gente que han venido de muy lejos. Tenemos con nosotros no solamente quienes nos acompañan de la vecina orilla, los hermanos uruguayos, sino también tenemos gente que ha venido desde tan lejos como Washington para estar presentes aquí (aplausos).

Dije que había que dar algunas explicaciones. Entre las cosas que escuché, auscultando la voz popular que, como decían con sabiduría los latinos, es la voz de Dios, auscultando esa voz, aprecié algunas consideraciones, como, por ejemplo: y bien, el monumento este no está mal; al contrario, es lindo, pero, al mismo tiempo esta plata se pudo haber gastado en hospitales, o en escuelas, o en necesidades más urgentes que la que parece en el fondo no ser más que una forma estética que tal vez halaga nuestro sentido del gusto y nuestra vanidad. ¿Por qué? ¿Por qué empezar una filosofía del desarrollo con algo tan poco útil como es una obra de arte? Y quiero contestar a esa primera pregunta, que es noble pregunta. Porque es la misma pregunta que le hicieron los discípulos de Cristo a la mujer que se acercó al Maestro con su frasco lleno de perfume, en el cual había volcado todo su dinero, y se lo partió y se lo volcó sobre la cabeza a ese perfume. Y los discípulos de Cristo, que no serían ningunos infelices, se escandalizaron del hecho y dijeron: pero cómo es posible que esta mujer gaste todo este dinero y vuelque todo este perfume, cuando hay tanta gente con hambre y resulta que no hay hospitales. Y Cristo, el más compasivo de los hombres; el hombre que nos aportó el mensaje formidablemente revolucionario de que todos somos hijos de Dios, un mensaje que todavía no hemos terminado de digerir, porque es demasiado bravo para digerirlo en dos mil años, ese hombre manso, dijo: bien ha obrado hembra; ni habría mensaje de mi parte sin gestos como éste. Yo no estaría predicándoles nada, si no hubiera mujeres como esta, capaz de volcarme el perfume en la cabeza (aplausos).

Tal vez, haya mucho de misterio en esas palabras del Maestro, y sin duda lo hay. Porque reflexionando, no es, inclusive reflexionando, fácil, comprender que en la gratuidad del gesto artístico... no es fácil, comprender que en ese gesto del perfume que es la esencia de la obra de arte va involucrado todo lo demás; porque sí precisamos hospitales para los cuerpos que decaen, pero es que esos monumentos y esos gestos son hospitales para nuestras almas, que están mucho más sedientas (el final del párrafo se pierde entre aplausos).

Y tengan presente esto todos los filósofos del desarrollo. Que a la América Latina no se la mueve ofreciéndole solamente refrigeradoras, ni automóviles, ni ninguno de los bienes preciosos que nos da la técnica moderna y a los que aspiramos. Pero no se nos mueve solamente con eso; somos pueblos con alma y queremos que cuando nos muevan nos hablen de las cosas del espíritu, porque nos reconocemos, (el final se pierde entre aplausos).

Cuando digo los pueblos de América, me refiero a todos los pueblos de América, porque la realidad americana es una realidad revolucionaria.

Y así lo entendía Kennedy y por eso es que estamos identificados con su mensaje. Nosotros no somos pueblos que hemos nacido en la paz; hemos nacido en la guerra. Por eso que ese mensaje que se ha puesto al pie del monumento es un mensaje guerrero, y el que así no lo entienda no podrá aspirar a la condición de

americano. Esta no es una guerra necesariamente cruenta ni es necesariamente una guerra contra otros seres humanos, pero sí es guerra; es guerra contra la ignorancia, contra la miseria y sobre todo es guerra contra la imbecilidad (aplausos).

Esta realidad revolucionaria nos precedió en la América del Norte por unos años, cuando en 1776 se rebelaron contra el imperio que los oprimía. Así como nosotros hicimos lo propio en 1810, y seguiremos haciendo lo propio cada vez que cualquier imperio pretenda sojuzgarnos (aplausos).

Esta realidad, como digo, es una realidad que se nutre en este espíritu de avanzada; tiene calor de nueva frontera. En este sentido también nos precedió como hombre nuevo y no solamente eso no nos da complejo de inferioridad, sino que nos enorgullece saber que hubo un hombre en esa gran democracia del norte capaz de enunciar, estos ideales, capaz de darse cuenta de que esta es nuestra realidad y que con eso nos teníamos que identificar. Estamos muy contentos de reconocerle este mayorazgo de hermano mayor a Kennedy. Tampoco nos asusta el hecho de que lo hayan matado.

Hoy en día un gran debate interno en los Estados Unidos y externo fuera de los Estados Unidos se pregunta quién lo mató a Kennedy. No es difícil contestar la pregunta y si alguien se la pregunta es porque no entiende el martirio de Kennedy. No es un martirio casual ni lo mataron porque sí. El presidente Kennedy representaba un espíritu, representaba una realidad, había levantado una antorcha revolucionaria. No es exagerado decir que a Kennedy lo asesinó la burocracia (aplausos); es una manera de decir las cosas.

31



El embajador americano Edwn Martín y su señora, Antonio Lanfranco, Sara Madero de Demaría y Rafael Squirru con el poncho alamacó que lució en su discurso inaugural

Es una manera que tal vez algunos no entiendan porque cuando decimos la burocracia no decimos por cierto los servidores del Estado, no decimos por cierto a los que día a día bregan heroicamente desde sus puestos de gobierno para tratar de solucionar los problemas que nos aquejan; no nos referimos, señores, al servidor público.

Nos referimos, en cambio, a aquellos que frenan desde fuera o desde dentro de los gobiernos, el afán de ser de los pueblos. Nos referimos a aquellos que representan la negatividad del ser, porque, así como hay un ser que pretende afirmarse en todos y cada uno de nuestros pueblos, también hay un ser negativo. Así como descubrió Cristo que éramos todos hijos de Dios, así los persas descubrieron hace muchos años que, frente a un Ormuz, dios de la luz, hay un Arimán, dios de las tinieblas. Y que cuando una fuerza polariza el bien, cuando una fuerza polariza la actividad, el estoicismo; cuando una fuerza como la de Kennedy polariza la luz, entonces la contrafuerza aparece irremisiblemente, la contrafuerza que representa la oscuridad, que representa el no ser, que representa el freno de esas aspiraciones.

Nosotros queremos decirles a esas fuerzas de las tinieblas que la antorcha de Kennedy no se ha apagado, y que se equivocan quienes crean que la pueden apagar, porque no solamente en su propio país sino en todo el mundo estamos los hombres que queremos llevar adelante esa antorcha, con la dignidad de la libertad y con el fervor de la revolución (aplausos).

Pero esa libertad, señores, a nadie se le regala. Es una conquista que le espera a cada cual, según su capacidad de ciudadano democrático. A mucha gente sorprendió que el presidente Kennedy a pesar de haber apoyado y llevado fuerzas a las playas de Cuba no siguiera adelante y terminase, como pudo haberlo hecho, con un gobierno comunista y enemigo. Hay quienes lo critican por esa acción y dicen que le faltaba condición de estadista. Yo vengo a decir que no estoy de acuerdo.

Kennedy apoyó hasta donde pudo, pero la libertad no viene regalada por ningún otro pueblo; se la tiene que conquistar cada pueblo a sí mismo. Y los pueblos que no tengan esa capacidad de reacción, no la merecen (aplausos). Estuvo en esto, creo, bastante elocuente el presidente de los Estados Unidos cuando no ordenó una acción que hubiera garantizado un bien al cual no se habían hecho acreedores los que no lo defendían. Dije que el presidente nos pasó una antorcha. No creo que pueda haber más elocuente manifestación de inmortalidad que nuestra presencia en ese ámbito. Ya Sir Tomás, que fue después Santo Tomás Moro en su República dijo que quienes no creían en la inmortalidad merecían estar en lugares tal vez más modestos. Porque la inmortalidad es una presencia permanente que nos habla desde monumentos como el que acabamos de inaugurar hoy y nos habla también desde personalidades como las del hombre al cual hemos dedicado este monumento.

Todo nos está diciendo de que existe esa inmortalidad. La inmortalidad del espíritu, que se hace espíritu en los que siguen viviendo, que es la única inmortalidad que en este momento me interesa destacar. A Kennedy pueden haberlo muerto, en su cuerpo, pero su alma está viva y está presente aquí, entre noso-

tros. Es su espíritu el que sigue marchando, espíritu que lo precede en héroes que lo precedieron, como Lincoln, como San Martín, como Sarmiento, como tantos otros en la historia de la Humanidad, de América y del Mundo. Es un espíritu que está en marcha desde los comienzos de la Humanidad, un espíritu al cual el monumento rinde homenaje máximo en su techo, en el cual como ustedes saben, está escrita la leyenda: Ave María.

María también es una mujer heroica, una mujer que aceptó el reto cuando el Ángel le advirtió el posible nacimiento de un Redentor y ella contestó: hágase en mí según tu palabra. Es esa voz la que tiene que dar cada individuo, cada persona, en cada generación que se renueva, para que se cumplan los grandes destinos de los pueblos.

Nosotros los argentinos estamos obligados a dar esa respuesta; nadie la puede dar por nosotros. Por eso quienes esperan levantarse merced a la ayuda, por más bien inspirada que esté esa ayuda de los demás, no se levantarán. Porque es con la fuerza propia con la que se camina. Estamos en una encrucijada y sería ciego no ver. Otras revoluciones exportan sus banderas y muchos cándidos pretenden importarlas. Ellas también constituyen un desafío que no se puede subestimar, porque es un desafío candente y real. A nosotros nos toca saber si contestaremos a ese desafío en término de esas importaciones, o si seremos capaces de parir nuestra propia revolución, que es el desafío que nos ha lanzado John F. Kennedy. Nada más.

(aplausos)



Squirru y Demaría con la foto del monumento iluminado